

En la reinstalación del Monumento de Corea a los combatientes colombianos

✎ GENERAL ALVARO VALENCIA TOVAR

Santafé de Bogotá, octubre 24 de 1994

El toque de silencio que acaba de llenar con sus ondulaciones de bronce el aire traslúcido de nuestra sabana bogotense, es la memoria de nuestros hombres caídos al otro lado del mundo, para que una nación admirable, hermanada con la nuestra por el sacrificio y por la gloria, preservase su libertad.

Hay en esas notas de intensa emoción un lenguaje que los soldados de todos los tiempos sabemos descifrar. Ellas acompañaron el final de la diaria jornada, cuando en el negror de la noche pasábamos al reposo donde se hundían las fatigas y los sueños. Pero también las hemos escuchado muchas veces, mientras camaradas queridos han dejado de

soñar para siempre y sus cenizas retornan a la tierra para no despertar, al paso que la neblina nos cubre las pupilas pugnando por no convertirse en lágrimas.

La urna que hemos depositado en la penumbra de este santuario, contiene humus del lugar donde descansaron para siempre militares de Colombia, caídos en medio de la tormenta de la guerra. Fueron el noble holocausto ofrendado por nuestra nación para que otra pudiese vivir en libertad. La misma libertad que acompañó en episodios de vibrante grandeza el alumbramiento de nuestra patria.

Encontrados sentimientos confluyen en nuestros espíritus al participar en este acto de profunda significación,

con el cual hemos dejado, bajo la tutela augusta de dos instituciones del pensamiento militar, la custodia de este santuario que plasma en expresión monumental la gratitud de un pueblo admirable por nuestros hombres de armas.

La pagoda, a la par que símbolo religioso del budismo, contiene un hondo significado filosófico. Destinado en sus orígenes remotos para albergar reliquias del maestro o de sus discípulos más notables, pasó con el correr del tiempo, donde quiera se eleve su estructura de piedra o de madera, a constituir invitación a meditar sobre la ética de la vida y lo que pueda seguir más allá, cuando ésta se extinga.

Cuando la nación coreana quiso demostrar a Colombia su gratitud por la defensa que en su suelo hicimos de ideales compartidos, recurrió a esta torre de pisos superpuestos, tallada en granito de sus canteras con majestuosa belleza y sentido de perpetuidad. Gesto generoso, por varios años ennoblecó uno de los sitios más atractivos de nuestra ciudad capital. Desplazado por el ímpetu incontenible del progreso urbano, encontró albergue aquí, donde nuestra Escuela Superior de Guerra y nuestra Universidad Militar que lleva por nombre el que tuvo la patria en los

albores de su vida independiente, cultivan elevadas disciplinas de la inteligencia y el saber.

Imposible hallar sede más apropiada. Por el frente pasará en breve una de las grandes avenidas bogotanas. Al fondo, las dos edificaciones de ladrillo rojo servirán de perspectiva a la roca blanca-gris del templete, no sólo en vívido contraste de colores sino como encuentro de dos épocas de la historia, hundida una en el pasado religioso y filosófico del oriente, actual la otra en las formas audaces de la arquitectura occidental. A la vez, entre el recinto militar y la ciudad establece un diálogo de silencios, con esta reliquia que simboliza lo que nuestro pueblo en armas ha defendido más allá de la vida y en Corea unió los dos extremos del mundo para que otro pueblo no fuese subyugado bajo el imperio de la fuerza y la barbarie.

Han pasado los años con sobrecogedora rapidez. Distantes están ya los días cuando, con el nombre de Colombia en los labios y su bandera arrojada en el alma, la fragata "Almirante Padilla" y el Batallón "Colombia" abandonaron las costas amadas de la patria para concurrir a la cita de honor que propuso el destino.

Muchos compañeros cayeron sobre la tierra calcinada de Corea, que pasó a ser propia cuando sobre sus híspidas vertientes cayeron nuestros primeros soldados entre el fuego y la borrasca.

No se borran, sin embargo, las imágenes a medida que el polvo de los años va cubriendo la guerra que talló al rojo vivo en nuestras almas su huella imborrable. Configuran un caleidoscopio de nieve y de relámpagos, de fuego y de silencio. De rostros contraídos por la pasión de la lucha y cuerpos eternamente inmóviles, sobre un oleaje de montañas paralizado en el tiempo y un paisaje devastado por la furia de la contienda. Chosen, tierra de la frescura matinal como significó el antiguo nombre de Corea, fue palestra donde la beatitud y la calma ancestral trocáronse por el odio y la muerte, pero también del orgullo y la realización humana de combatir por los valores eternos de la vida.

Significativo resulta que este acto militar se cumpla en el aniversario de la victoria de Kumsong, donde nuestros aceros se cubrieron de gloria ante el baluarte enemigo convertido en humo y cenizas. La ciudad en pavesas, sobre lo que fuera valle idílico de la desaparecida Chosen, fue objetivo de la operación Nómada, última maniobra

móvil de la guerra, y sería ahora visión diaria del duelo cotidiano sobre ese mismo valle, convertido en tierra de nadie para el choque de fracciones de los dos ejércitos.

La toma de Kumsong fue la mejor hora de gloria del Batallón Colombia, que arrancó de los labios curtidos por el sol y el viento de múltiples campos de batalla del mundo de un héroe de tres guerras, el elogio emocionado de que habiendo comandado los mejores soldados de la tierra y contemplado sus proezas, le faltaba ver combatir a los nuestros para culminar la visión del coraje, la intrepidez y el heroísmo.

Señores comandantes de nuestras Fuerzas Militares. Para ustedes la sincera expresión de nuestros agradecimientos por haber accedido a que el monumento de Corea a nuestros hombres de armas hallara albergue en este maravilloso entorno, donde los jefes del mañana podrán hallar en un fragmento del ayer un testimonio más de las virtudes guerreras de su raza. Y por enaltecer con su presencia la ceremonia en la que hemos devuelto a su templo de granito las cenizas de nuestros héroes anónimos.

Para usted, doctor Roberto Sepúlveda y para su prestigiosa firma

estructura, nuestra gratitud por el esmero, la dedicación personal y la solicitud que consagró a la reconstrucción, pieza por pieza, de los fragmentos de esta pagoda coreana que tanto dice en su mudez de piedra a nuestros sentimientos de soldados.

Señor embajador de la república de Corea, distinguidos miembros de la representación diplomática de su nación, hermanada con la nuestra en la empresa guerrera que salvó para la historia la libertad y los derechos de su pueblo ejemplar: a la gratitud que

inspiró la erección de tan hermoso monumento, responde la nuestra por haber recibido de su nación este maravilloso testimonio, que recoge en sus placas recordatorias los nombres de nuestros soldados, confundidos con los vuestros bajo la misma tierra que cubre su reposo eterno. Tierra que se alberga, como tesoro de valor inapreciable, en la mudez de piedra de esta pagoda que eterniza la abnegación, el heroísmo y la gloria silenciosa, del ayer compartido sobre el mismo campo de batalla.

ALMACEN "FENIX"

Carlos Calle Londoño

REPRESENTACIONES

**PROVEEDORES DE LAS
FUERZAS MILITARES**

Calle 14 No 10-81
Teléfonos: 3 421321 - 3 428210

Apartado Aéreo 9054
Santafé de Bogotá, D.C. - Colombia